

Los sucesos de ayer

LA VOZ DE UN PUEBLO

Pocos pueblos, tendrán ejecución más limpia que este pueblo mío, siempre al margen de toda agitación callejera, de todo movimiento motinesco; siempre enemigo de agitaciones turbadoras de la tranquilidad pública.

Pueblo tan numeroso cuyas clases modestas están formadas por muchas miles de familias, viene sufriendo con resignación estoica los rigores de su triste suerte, abandonado de toda protección, desatendido y olvidado, propicio a creer en toda promesa de mejoramiento y sufriendo en silencio los más crueles y dolorosos desengaños.

El pueblo lorquino está curtido por la amargura y el dolor; lo caracteriza la mansedumbre, fue la paciencia su lema y soportó sus angustias, sus necesidades sin recurrir jamás a la violencia, a la rebelión ni aun como intento para mejorar su estado.

Arrojaba el censo de la ciudad de Lorca hecho con verdadera escrupulosidad el año 1920, SETENTA Y NUEVE MIL habitantes; pues bien, el que se ha hecho en el año treinta apenas pasa de CINCUENTA Y DOS MIL; es decir que en los diez años últimos han desaparecido de Lorca DIESEIS MIL personas!! arrastradas por la miseria a la emigración. El obrero campesino y el obrero del pueblo, abandonaron su patria, sus hogares, el misero terruño sobre el que vertieron el sudor del trabajo, para nutrir el fisco cuyos agentes codiciosos eternos e implacables perseguidores del moroso por pobre, hacían presa en los miseros bienes del desdichado contribuyente, embargándole el borrico, el cerdo que cebaban para venderlo por San Miguel y pagar el rento, y hasta el pobre ajuar adqui-rido a costa de sacrificios.

¿Debia seis pesetas? ¿Pasaba el plazo voluntario y no eran satisfactorias? Pues expediente al canto. Y aquella modesta cuota no satisfecha por carencia de medios, se convertía en veinte, en veinticinco, en treinta pesetas... ¡Cuánta injusticia! ¡Ante un absoluto y absoluto expoliación! ¡Sólo para esos efectos, no es olvidada nuestra Ciudad! A los clamores, a las quejas, a las lamentaciones, a los oídos sordos; la promesa al sumo, seguida del desengaño... Y así un año y otro y otro... Así siempre...

No pudo extrañarnos la manifestación de ayer, ni menos su carácter poco tranquilizador.

Los que venimos oyendo a diario quejas y lamentaciones; los que conocemos las dolorosas vicisitudes que sufriendo vienen los numerosos habitantes de nuestro campo y huer- ta; los que sabemos las injusticias y abusos que con ellos se vienen cometiendo, los que vemos su miseria y sus penas, no podíamos extrañar que llegara el día en que acuciados por el hambre, se lanzaran a la calle con el semblante contralido por la ira, pidiendo trabajo, pidiendo la protección a que tienen derecho.

Hemos presagiado multitud de veces lo ocurrido ayer, lo hemos advertido un día y otro día pintando la miseria que sufre esta ciudad; venimos demandando desde estas columnas solución al pavoroso problema que tiene sin vida a población tan importante como esta. Todo ha sido inútil; el mal se ha agudizado. Es la miseria, es el hambre la que lanza a estas miles de criaturas a la calle. Si urgentemente no se pone el remedio sobrevendrá la desesperación que enloquece, que ciega... Si todo tiene límite, ¿cómo no ha de tenerlo el sufrimiento humano?

JUAN DEL PUEBLO

La voz de los intelectuales

(Del manifiesto político que han firmado los señores Ortega y Gas- set, Pérez Ayala y Dr. Marañón.)

El estado tradicional llega al grado postrero de su descomposición corrompido por sus propios vicios. La monarquía de Sagunto no ha sabido convertirse en una institución nacionalizada, sino que ha sido una asociación de agrupaciones particulares que vivió parasitariamente sobre el organismo español. De aquí que se haya ido quedando sola la monarquía para mostrar a la Intemperie su verdadero carácter de facción.

Nosotros creemos que este viejo estado tiene que ser substituido por otro auténticamente nacional. Ensayos como el fascismo y el bolchevismo marcan la vía por donde los pueblos van a parar a callejones sin salida. Olvidaron que un pueblo es

una gigantesca empresa histórica y que sólo puede llevarse a cabo con la colaboración de todos los ciudadanos.

La tarea enorme que España tiene no puede acometerse si no se logra que cada español dé su máximo rendimiento vital. Esto no es posible sino se instaure un Estado que por la amplitud de su base jurídica y administrativa permita a todos los ciudadanos solidarizarse y participar en su alta gestión.

Por esto creemos que la monarquía de Sagunto ha de ser substituida por una república que despierte en todos los españoles dinamismo y disciplina, renovando la vida peninsular y atrayendo todas las capacidades, dando a la justicia plena transparencia, exigiendo mucho de cada ciudadano, trabajo, destreza, formación, y las resoluciones de llevar a nuestro país hasta la plena altitud de los tiempos.

La monarquía sólo se rendirá ante una formidable presión de la opinión pública, y, por lo tanto es urgentísimo organizarla.

Una aclaración

En el número de ayer al relatar el acto de la jura del nuevo abogado don Eugenio Para Barberán, médico en ejercicio en esta ciudad, decíamos que había ejercido la profesión de Practicante; mejor informados y en fuero a la verdad aclaramos que dicho señor no cursó nunca la honrosa profesión de practicante y la confusión por nosotros sufrida fué debido a que el señor Para Barberán y por su carácter de médico fué durante varios años Presidente electivo del Colegio oficial de Practicantes en medicina y cirugía de este partido, cargo en el que dejó gratísima memoria por su labor desinteresada y enérgica.

CRONICA BARCELONESA

El concepto católico de la riqueza.

Hasta ahora, gracias a la pugna entre liberales y católicos han venido los periódicos escaramuceando respecto al orden social. No vamos nosotros a caer en el mismo tema, sería pronto absorbido por nuestra propia incompetencia, preferimos tratar algo que ni el código alcanza, ni tiene comunicación abierta con el orden.

Lo nuestro va a ser, el concepto católico de la riqueza, y desde este punto dirigiremos la mirada golosa de razones, hacia todos los puntos estén donde estén, sean como sean, tengan o no valor de santidad. Mas con preferencia, calaremos el juicio y el afán en aquellos más devotísimo del señor.

Nunca he oído que un rico sea excomulgado por tener demasiado ri-

queza infrecuente, y sin embargo, ese pecado lo condena «El nuevo testamento» con la misma severidad que la embriaguez y el adulterio. Pero a estos dos alcanza la policía y la ley, pero al dinero no. La Iglesia no ha sentido nunca mayor escrúpulo ante esto ni se ha mostrado enérgica, sobre todo, cuando estos ricos tenían buenas relaciones con la clerecía.

Don Jaime Balmes, ilustre aprendiz de filósofo a quien debo en gran manera mi descubrimiento anterior al estudio de la ciencia, consideraba como perfecto plan cristiano, que el rico limosnease al pobre y éste fuera humilde y servicial. El consejo no podía ser más evangélico, abnegado y estrechamente unido al espíritu de Cristo. Santiago que seguramente no leyó nunca a Balmes ni a León XIII, lanzó magníficos flechazos contra la riqueza inicial, «el jornal que defraudasteis a los trabajadores que segaron nuestros campos, clama, y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor».

Contra esto puede muy bien la Iglesia levantar su voz y decir que Santiago, Apóstol y todo no estaba en la realidad. La debilidad de la Iglesia, ha ido creciendo paralelamente, al desarrollo de la riqueza, sin parar mientes, con qué áridos problemas y bajos dolores había sido amon- tonada. De aquí parte el suceso de que en los países pobres, ésta se halla sometido a una existencia oficial, navegando en el mar proceloso de la nómina, apartada de la creencia de Cristo, y como ambiciosa, atada al carro de la ostentación y el deslumbramiento, como es la parte retórica de su vida.

Ha creído el rico que, para su fin cristiano, para su obligación terrenal, le basta con mantener una capilla pública, o repartir entre cincuenta pobres, un duro por semana. Nada le ata a otras obligaciones morales, las graves dudas que pudiera tener, la Iglesia cuida de disiparlas, siempre y cuando complete su programa alcanzando al clero local, o solamente al señor Obispo, que es en cada provincia un gobernador espiritual, tal y como los hay civiles.

El asunto no es nuevo, se remonta hasta Lutero y Calvino, los cuales ya clamaban contra la tolerancia de Roma para con los ricos en menosprecio de los pobres, por consiguien- te el clérigo no debe pensar en que

esto sea un sofisma, sino que ello está planteado y resuelto, según unos, en el Antiguo testamento, según otros en el Evangelio. Dejemos aun la de los pasajes oscuros y tratemos de ver cuantos Cristos hay, pues según vamos viendo, existe uno para cada época, y siempre menos exaltado, y por tanto un poco discolorado a seguir a Dios en sus consejos. Pero San Braulio que no estaba en estos secretos de la moda decía: «el pan que guardas es del hambriento, el calzado del descalzo, y del menesteroso el dinero que escondes». Pero entonces la vida era un valle de lágrimas, entre los Papas creo (menos la Papisa Juana) que llegó a existir alguno pobre; pero hoy la vida es una cueva para muchos.

Doña Concepción Arenal, mujer estoica, de alma pura, espíritu ejemplar y abnegado dice en las «Cartas a un señor», «La religión no consiste en fórmulas exteriores, en prácticas casi mecánicas, en palabras cuyo sentido se ignora o se olvida, en preceptos que verbalmente se respetan, pero que prácticamente se quebrantan...» La religión no es el precepto que se invoca cuando conviene, sino que se practica siempre; es la aspiración a perfeccionarse, es la justicia, es la unión íntima del espíritu con Dios, que le eleva y sostiene en la desgracia o en la prosperidad.

Durante la guerra europea, un filósofo danés Søren Kierkegaard, volvió a renovar sus semillas espirituales desde su tumba, la crisis aguada y honda de ver olvidado a Cristo, llenó de amargura el alma de un pueblo culto y lleno de fervor cristiano, pero el cumplimiento por parte de Roma no llegó nunca, y el lazo que ataba a ésta con aquel pueblo se rompió para siempre.

En Roma estuvo siempre la forma, el espíritu de Cristo, quedó esparcido y cada uno respiró un poco a su manera, pero nadie puede decir que lo tiene. No vayamos a decir como Renán, «un milagro, uno sólo y yo me pongo de rodillas». Discurriendo sobre este tema, no hemos hablado del elemento real, o sea del concepto católico de la riqueza, pero hemos visto que la religión es toda una y la misma para todos, aun cuando los obispos de levita según dice el católico «Correo Catalán» vayan arruinando la moral de la religión. Acerca de este concepto hablaremos en el venidero trabajo.

S. MARTINEZ ORTIZ

CLINICA SANATORIO

(CON INTERNADO)

Situada en las Alamedas, a cargo del

DR. MIGUEL MARTINEZ MINGUEZ

Especialista en enfermedades de los ojos :- Ayudante durante cinco años de la Clínica Oftalmológica de la Facultad de Medicina, de Madrid, y del sabio Profesor Doctor MÁRQUEZ, Catedrático de dicha Facultad

Consulta de 11 a 2.-LORCA

DOCTOR ANTONIO ROS
Oculista

EX-AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES
EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE
SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID
EX-PENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.
CONSULTA DE 11 A 2
SAGASTA, 13
CARTAGENA